

MADRID SE DESPIDE DE ALFONSO REYES

DIBUJOS EN UN MENU

AYER, a la mitad del banquete, veía yo, desde mi sitio silencioso y discreto en la extremidad de la mesa, el busto juvenil de Alfonso Reyes. Era el centro del lugar de honor. A uno y a otro lado, se enfilaban cabezas de pensadores y artistas: la monda y amable de ANDRENIO; la rucia y seria, de seriedad levemente cómica, de AZORIN; la semicalva y gris, siempre sumida en abstracción melancólica, de Francisco A. de Icaza; la pizpireta y maliciosilla de Enrique Díez-Canedo; la franca y un poco mosquetera de Eduardo Marquina; la canosa y morena, de grandes ojos tristes, de Eugenio D'Ors; la impetuosa y vibrante de energía mental de José Ortega y Gasset . . . Todo el Madrid letrado estaba allí: artistas, poetas, filósofos, críticos, novelistas; —El P. E. N. en pleno. Y, por añadidura, diseminados en aquel collar de las letras y las artes, algunos rostros diplomáticos, graves y afables. Esta hora de la comida predispone a las gentes para la intimidad alegre.

Pero en el banquete de ayer había como más cordialidad en la que iba disuelta una breve gota sentimental. Claro; se trataba de una despedida—. “Partir es morir un poco . . .”

Y mientras se esparcía por el salón de Lardhy, el zumbido de cigarra de las conversaciones, yo, poseído de júbilo muy íntimo, muy callado, miraba a Alfonso Reyes, y, por invencible afán de asir lo presente con los hilos de lo pasado, me entretenía en recordar. ¡Vieja rueca de la memoria, aún puedes hilar el copo de la vida!

Es un teatro. En uno de los entreactos nos paseamos por el pasillo de las plateas Carlos Díaz Dufoo y yo. Carlos acaba de publicar un libro de literatura. Carlos era, entonces, un refinado artista; se asomaba ya a los abismos de la Economía Política, mas todavía, antes de caer por entero, se apoyaba en el hombro de las Musas. Se

abrió una platea. Salió un señor de la mano de un niño. El señor vio a Díaz Dufoo y lo llamó con un bondadoso gesto. Saludáronse; y después, el caballero, inclinándose hacia el chiquillo, le dijo cariñosamente:

—Mira, hijo; aquí tienes al autor de los *Cuentos nerviosos*.

Y luego, le explicó a Carlos.

—Le ha gustado mucho el libro de usted.

A juiciosa distancia del grupo, yo presenciaba el incidente. Nimio era, al parecer; pero, fijándose bien en el chiquillo, despertaba una vaga curiosidad. Por que la cara infantil se iluminó, de pronto, con luz de entusiasmo. No era propia de su edad la llama interior que le encendía los ojos cándidos. Se adivinaba en él a un lector ardiente.

¡Cosa rara! Los *Cuentos nerviosos* no eran, por cierto, cuentos de hadas ni de milagrerías. No tenían la simplicidad adorable y profunda de las narraciones de Andersen y de Grimm. Eran, por el contrario, novelas de pasión brusca, combates de dolor y de muerte, descripciones de existencias atormentadas, vivos trozos de exaltada realidad. ¿Comprendería el niño, recién salido de las consejas pueriles, estas páginas vigorosas y estremecidas, como puños crispados por la angustia?

El muchacho, de no más de diez años, estaba atento, miraba con singular fijeza. Causaba la impresión de que, dentro de aquel cuerpo pequeño y sano, había crecido mucho el alma.

¡Cuánto tiempo hace de esto! ¡Tanto! La juventud no se había cansado de mí; me daba una rosa todas las mañanas y un beso todas las noches.

Esta es la primera hoja de la historia; mi primer encuentro con Alfonso Reyes en los laberintos del destino. Un párvulo que se adelanta a la vida como un polluelo que pone la cabeza al borde del nido para ver volar a los pájaros. Siente que le tiemblan las alas. Presiente que él también volará.



Ya volaba, cuando, al correr de los días, volví a verle en los corredores de la Escuela Preparatoria. (!Ay, cómo me muerde la nostalgia al pensar en nuestra casa comunal, en nuestra Escuela Preparatoria!)

Aquel estudiante risueño y ágil —seguiré el símil—, parecía una golondrina, loca de sol y de primavera. Con sus libros bajo el brazo, rodeado de sus amigos, en incesante actividad mental, discurría por los patios conventuales, trepaba por las recias escaleras, se detenía en los anchos pasadizos llenos de fresca penumbra, charlabá. Sus compañeros decían que, con frecuencia, los temas de sus paliques eran impresiones de lecturas recientes, observaciones y juicios literarios. Tenía fama de ser puntual en sus clases y de que los profesores, seducidos por la dedicación y el talento, le escuchaban y querían.

En efecto. Yo, algunas ocasiones, le veía cruzar, en plática animada, con los maestros. ¡Qué buen grupo escolar formaban, Manuel Sánchez Mármol, con su cara de abate burlón, toda resplandeciente de inteligencia, y Alfonso Reyes, jovenzuelo inquieto y curioso que, hecho sonrisa, oía caer de los zumbones labios del viejo, el raudal irisado de las mundologías y donaires!

Alumno ya de la Escuela de Derecho, solía escaparse a la Preparatoria, y seguir allí departiendo con amigos y camaradas. En ocasiones entraba en mi cátedra de literatura. Y no para aprender, no para oírme —él sabía, desde entonces, más que yo; poseía más sólidos conocimientos—: sino para continuar en compañía de sus colegas. Yo lo distinguía siempre en esas ocasiones, y recordaba el arcaico proloquio: No es por tí ventana . . .

Nos acercamos del modo más natural; no sé cómo; no se cuándo. La cosa corriente; un impulso fatal de la simpatía. Y conocí y me sedujo la mentalidad, adolescente aún, pero ya nutrida y vigorosa. Aparecían en ella, como arrastres del aluvión bibliográfico, las necesarias influencias, las prístinas; pero ya bullían bajo la tierra savias de originalidad.

Alfonso estaba dotado de dos condiciones que no suelen ir, en el espíritu, como las paralelas, sin tocarse, sino que tienden a cortarse en el camino, a converger y destruirse en el vértice de un ángulo.

Alfonso poseía por dotes naturales la imaginación y la perspicacia. Soñaba y comprendía. En él marchaban juntos el fantaseador y el analítico. Y esta dualidad, desarrollada y plena, ha impreso carácter definitivo a la obra de Reyes.

Mas en la época de la formación creí hallar en mi joven amigo, desde luego, dos influencias inmediatas y personales. Cuando subía a la tribuna de las aulas, era un orador a la manera de Jesús Urueta: vibrante, brillante, de figuras plásticas y serenas, evocadoras del arte griego, de cláusulas amplias, puras y musicales. La entonación, la pronunciación, hasta el ademán, me recordaba a Jesús.

Cuando escribía versos, sentía yo en ellos como lejanos ecos, como devaneadas modulaciones de los poemas de Manuel Othón.

Pero el muchacho, además, estaba sobresaturado de clásicos españoles, (Othón era el último anillo de la cadena), y había penetrado ya en las literaturas modernas: la francesa y la inglesa, en particular.

Sin embargo, su gusto, su temperamento, se inclinaban hacia el rumbo por donde venían las voces antiguas. Y así fue cómo se orientó, de modo seguro, a la poesía helénica. Sus labios virginales recibieron, complacidos la flauta pastoril. La anciana Égloga se puso a su lado, y, maternalmente, le enseñó a modular canciones bucólicas. —La miel de Bión y de Mosco, destilada en el alquitara de Virgilio.

Y, poco a poco, de estos resabios clásicos, fue saliendo una modalidad en la que se combinaban reminiscencias gongorinas y sugerencias recientes de poetas galos y británicos. El manantial se enriquecía, y ahondaba y ensanchaba el cauce.

Los libros intervenían en la evolución del poeta. Para desarrollar su espíritu, le enseñaban la gimnasia de las formas. Faltaba

que la vida, al plasmar al hombre con su mano cruel, sacase a la superficie límpida de la expresión, los nelumbios del alma. De esa obra de verdad están encargados el amor y el dolor.

Los dos vinieron a tiempo, en la hora precisa en que el corazón, fuerte y amplio, puede colmarse, sin romperse, de dolor y de amor.

Alfonso seguía alimentado su hoguera: estudiaba, inquiría; pero ya también sentía, por su propia cuenta, y empezaba a decir ideas de elaboración individual, y a echar fuera gritos de emoción directa.

Su primer libro, —el libro de los veinte años— carece de indecisiones. Está ya cuajado el criterio. Es un programa ideológico; el boceto del cuadro literario, el apunte, el diseño de la composición que ha de adquirir desenvolvimiento artístico en fuerza de meditación y de paciencia.

Cuanto el muchacho escondía de larvas de juicio y de inspiración, iba saliendo en el calor vernal de la juventud.

Yo asistí a la ascensión de esta robusta existencia. La curiosidad por el párvulo fue en mí un antecedente del interés por el estudiante, y el interés se transformó en admiración por el profesional de las letras. Yo asistí a las lecciones que, en la Escuela de Altos Estudios, dictó este cultivador del habla. Yo asistí a sus triunfos, confundido entre el grupo inquieto de su generación. Yo asistí a las veladas íntimas, a los paliques herméticos, a las discusiones de capilla, a las cenas humildes y privilegiadas.

Este contacto con el Ateneo de la Juventud me remozó interiormente, desperezó mi entendimiento. En el núcleo de esta agrupación, el impulso para el trabajo equilibrado y metódico era Pedro Henríquez Ureña —cerebro claro, preparación maciza, voluntad tenaz—. No enseñaba, precisamente, a sus amigos; pero les daba el constante ejemplo de la vigilancia mental; era, para ellos, el animador dannunziano.

¡Oh, las cenas en Tarditti, las polémicas de sobremesa, las opiniones frenéticas, los apasionados comentarios, el ambiente libre, desenfadado y cultísimo de aquellos mancebos de bozo breve y manos intranquilas! ¡Qué documentados se mostraban, qué insaciables de conocimiento, qué llenos de fe en el porvenir que se les abría de par en par! Henríquez Ureña, Vasconcelos, Reyes, Antonio Caso, Julio Torri . . .

Al verlos así, yo, muy adelantado en el vivir, recordaba el villancico de Juan de la Enzina:

Montesina era la garza  
y de muy alto volar.  
¡Quién la pudiera alcanzar!

Allí sorprendí la cualidad más distintiva, acaso, de Alfonso. Era un emotivo. Había algo morboso en sus impresiones. Una vez desatada la vena sentimental, se le notaba el esfuerzo por sofrenarla y ponerle diques de pudor. Vencía la razón, pero, por instantes, reaparecía, inconexa y fragmentaria, la emoción como, en lo blanco de la pantalla, una película rota. Y ese estado de ánimo me atraía, me conmovía. Así fuiste tú,— murmuraba una voz interior.

El destino trae siempre las alforjas repletas de regalos inesperados. Es un Santa Claus malévolos.

Y sucedió que una vez nos encontramos Alfonso Reyes y yo, cada uno con su juguete doloroso, en un rincón del mundo. Los juguetes se asemejaban: ¡tristeza de la patria, hambre de pan, sed de agua remota!. El rincón del mundo era Madrid.

Para los espíritus sanos, la desgracia es buena nodriza. Y en una modesta vivienda, en un barrio a medio urbanizar, reanudamos el diálogo, entremezclándolo de melancolías. Por nuestro horizonte bajaba repentinamente, la sombra. Pero —¡lo que es la edad!— yo era un viajero cansado y Alfonso un caminante audaz y seguro. Cruzaba dificultades, dominaba peligros, ascendía, ascendía por los vericuetos y escarpaduras de la montaña. Al rendir diariamente la jornada, junto a la mesa de trabajo, a la luz de la lámpara fa-

miliar, se quitaba las botas de siete leguas de la erudición y se ponía a escuchar de buen grado los acentos domésticos: la voz de la fiel compañera, la risa del niño contento, el ronquido del gato satisfecho. Entre cuatro paredes de libros le otorgaba la suerte su minuto de dicha.

En la calle, en el aula, en el Ateneo, en el periódico, Alfonso proseguía la conquista de Madrid. Dio clases de literatura española en España. Bajo la dirección de Menéndez Pidal, se perfeccionó en las disciplinas de la investigación histórica; hizo traducciones, publicó artículos, compuso libros . . .

Los libros de este escritor son admirables; impregnados de jugos frescos y fragantes, como fruta en sazón.

De las *Cuestiones estéticas*, a *Los dos caminos*, la ruta, sin torcerse, muestra más ancho el panorama. Ahora las ideas son más sólidas, más honda la perspicacia, y más sobrio y mejor arquitecturado el estilo. El crítico de arte, el psicólogo y el poeta, han definido al universitario. Reyes, al estudiar a los clásicos castellanos, a Góngora y a Ruiz de Alarcón, ha profundizado y descubierto vetas desconocidas. Con paciente ingenio ha acumulado observaciones y anotado textos. Los severos hombres de letras declaran que es el primer gongorista. Se le respeta, se le estima, se le quiere. Ha entrado en el círculo de los elegidos. Es un elegido.

¿Labor del talento? Sí. El talento es la materia. La voluntad, el alma. Marchar con fe es llegar con seguridad.

Y cádate que, a la postre, el soñador y el sensitivo, se fundieron en un carácter. El tipo humano estaba completo. Pulidas quedaban las facetas del diamante. La vida: ¡qué estupenda lapidaria!

El pensador, el investigador, el erudito, el psicólogo . . . Yo prefiero al poeta —bien se me echa de ver que soy un romanticón de clavo pasado—; al poeta ardoroso, desigual, antiguo y flamante, claro y oscuro, neto y ambiguo, acorde y desacorde, con cantos de zagal y coros de sátiros, y saluciones al romero legendario y humorismos banvillescicos, de una modernidad intencionada y graciosa;

prefiero al poeta de *Huellas*, porque, en sus ensayos y tanteos —en el libro que recoge el poema de la Musa núbil y lo mezcla a la tragedia ardorosa de la juventud, como se vierten dos vinos en una copa caprichosamente labrada,— hay una constante nota de ternura intimísima, un matiz de bondad adolorida, un tenue velo de idealidad serena, que dan unidad a las desigualdades y contrastes del fondo y de la forma. (El instrumento, afinado con perfección extraordinaria, acompañará pronto la canción decisiva y peculiar). Prefiero al poeta de *El plano oblicuo*, atisbador de conciencias torcidas, y de los *Cartones de Madrid*, comentador fino de las cosas vulgares. El ensayista está definitivamente hecho; al poeta le falta aún el último toque. Y digo que lo prefiero . . .

Y muy adentro, en el más profundo rincón de mi pecho, está la preferencia por el hombre que ha construido su moral sobre bases de amor y de probidad, y que, ante el vario espectáculo de la existencia, sabe dar a quien las necesita, una mirada de cristal y una palabra de seda.

Una vez, se rompió su nublado y lo bañó una ráfaga matinal. La reparación fue justa. Quien pensó en Alfonso Reyes para que desempeñara la función sutil y discreta de la diplomacia tuvo un acierto.

Suspendo mis cavilaciones. Junto a Alfonso acaba de levantarse, copa en mano, Eduardo Gómez de Baquero. Su brindis es elogioso y afectuoso. Habla de América y del representante de México.

Alfonso Reyes comenzó y terminó noblemente su misión en España. Honró a su Patria.

Cuando ANDRENIO concluye, me uno a la ovación, aplaudo, aplaudo, aplaudo.

Y siento que estoy haciendo ese gestecillo pueril, del que quiere detener, y detiene por fuerza, las lágrimas rebeldes.

Luis G. URBINA.  
*El Universal*. México,  
11 de Mayo de 1924